

Sarah

Bernard Khoury

I wrote this text in 1995, at the age of 26. In the wake of more than fifteen years of conflict, the young Lebanese republic was in supposed convalescence.

The young architect that I was still lived in hopes of an ensuing reconstruction project. Unfortunately, the reconstruction of the nation-state did not take place, and the anticipation for the modernity that we had been promised was thwarted as well.

With the failure of the public sector, Beirut, as well as the entire territory, was taken over by the private sector. This situation enabled an acceleration in the construction field, which took place in the total absence of regulatory

Sarah

Escribí este texto en 1995, a la edad de 26 años. Después de más de quince años de conflicto, la joven República Libanesa estaba supuestamente en convalecencia. El joven arquitecto que yo era vivía aún a la expectativa de un proyecto de reconstrucción. Por desgracia, la reedificación del estado-nación no ocurrió y las esperanzas de la modernidad que se nos había prometido también se vieron frustradas.

Con el fracaso del sector público, Beirut,—al igual que el conjunto del territorio—, quedó a cargo del sector privado. Esto favoreció un crecimiento acelerado en el campo de la construcción, que se produjo en la ausencia total de mecanismos de regulación. La ciudad vio aparecer islotes solitarios, que tomaron forma en una cacofonía arquitectónica, como testigo de la imposibilidad de formular un proyecto colectivo.

Sarah

J'ai écrit ce texte en 1995, à l'âge de 26 ans. Après plus de quinze années de conflit, la jeune république libanaise était supposément en convalescence. Le jeune architecte que j'étais vivait encore dans l'attente d'un projet de reconstruction. Hélas, la réédification de l'état nation n'a pas eu lieu et les espoirs d'une modernité qui nous était promise ont été ainsi déçus. Avec la faillite du secteur public, Beyrouth ainsi que l'ensemble du territoire a été pris en charge par

le secteur privé. Cette situation a favorisé une accélération dans le domaine de la construction qui s'est produite en l'absence totale de mécanismes de régulation. La ville vit apparaître des îlots solitaires, qui prirent forme dans une cacophonie architecturale témoignant l'impossibilité de formuler un projet collectif.

Ce texte a été écrit en réaction à ces situations difficiles. Il a été soumis à *L'Orient-Express*, mensuel francophone dont le rédacteur en chef n'était autre que le feu Samir Kassir, assassiné dix ans plus tard au volant de sa

voiture, suite à une série d'attentats politiques qui ont inclus des personnalités influentes comme le premier ministre Rafiq Hariri, George Hawi et beaucoup d'autres. Jugé trop manifeste par la rédaction du journal, il n'a jamais été publié.

Elles sont figées, épaisses, massives. Il y a aussi celles qui font des grimaces, ça gesticule dans tous les sens... pour ne rien dire. Il y a les super pudiques, les coïncées hyper-cartésiennes. Il y a celles qui posent les talons écorchés en bordure des chaussées, les vieilles biques

mechanisms. The city experienced the proliferation of solitary islands, which materialized as an architectural cacophony; a testament to the impossibility of formulating a collective project.

This text was written in response to such difficult situations. It was submitted to *L'Orient-Express*, a monthly, francophone publication of which the editor was none other than the late Samir Kassir, murdered ten years later at the wheel of his car, following a series of political attacks that included such influential personalities as Prime Minister Rafiq Hariri, George Hawi, and many others. Deemed too manifest by the journal editors, it was never published.

They are lethargic, cumbersome, heavy. Some wince involuntarily, gesticulating in all directions... to ultimately say nothing. There are the exceedingly modest, the uptight hyper-Cartersian ones. There are those who set down their scuffed heels on the curbside, the old hags, badly made up, brought to life from the blueprints of the great creators who sell them off cheap and, to put bankers and bigwigs at ease, there are the large, pretentious ones heavily adorned in artifice, gilding and costume jewelry. There are the by-products of undigested dogmas, those who are well-schooled and unsullied. There are the submissive, the shy, and the delusional romantics who never tire to display, over and over again, the same clichés to a cuckold or, much too often, an indifferent client. There are those who have lost their memory, who hastily lick their wounds, those shameful traces of brutality that must be quickly erased. They pull at their skin, apply some foundation

Este texto fue escrito como reacción a esas difíciles situaciones. Fue enviado a L'Orient-Express, una publicación mensual en francés en la cual el editor no era otro sino el fallecido Samir Kassir, asesinado diez años más tarde al volante de su auto, tras una serie de atentados políticos que incluyeron a personalidades influyentes como el primer ministro Rafiq Hariri, George Hawi y muchos otros. Considerado muy explícito por la redacción del periódico, jamás fue publicado.

Están estáticas, gruesas, masivas. También hay quienes hacen muecas, las que gesticulan en todos los sentidos..., para no decir nada. Las hay súper púdicas, tímidas hipercarterianas. Están las que plantan los tacos pelados al borde de la calzada, las viejas matalonas mal maquilladas, salidas de los cuadros de sus geniales creadores que las venden baratas, y para darles confianza a banqueros y peces gordos, están las orondas pretenciosas recargadas de artificios, enchapados y bisutería. Hay subproductos de dogmas mal digeridos, aquellas que tienen buena escuela y que no están en pecado. Están las sumisas, las tímidas y las románticas de mentira que no se cansan de mostrar una y otra vez los mismos clichés a un cliente cornudo o, con demasiada frecuencia, indiferente.

and believe health is restored. There are the amputees, the sordidly decapitated, the “irrecoverable” ones, those impossible to recycle, the obsolete. Those have been worn-out, buried in the common grave or incinerated in the vast dumping ground... United and consenting, we will impregnate the cadavers again to better perpetuate our cultural heritage. We will have the mummies and their replicas, which will make for beautiful post cards: an exotic touch in a touristic paradise. There are those with congenital malformations, the crippled, the simple-minded, the unpretentious, those who had no means to craft themselves the traditional costume to conceal their rough skin, abused by neglect... This is the parasitical noise emanating from backstage, hitting the false notes in the romantic sugar-coated production of a future urban condition that was promised to us.

Quietly tucked behind the scenes of this mess are our good old architects, who set up camp, always on the watch, and who, for a measly little wad of bills will quickly cook you up an all-too-familiar act, copied from some magazine of elsewhere, a pale replica of a poorly understood gesture. They show up upon request, on all plans, all big commissions, at well-organized competitions and other second rate comedies. These petty personalities, self-acclaimed men-with-taste know the corridors of ministries inside-out and the small-time social circles all too well. Having not been able to recycle themselves in the West, they come back to play Tintin in the Congo, harassing us with their wisdom, spreading their knowledge among us barbarians. There are the deans with their good old values, the guardians of our outstanding

Hay quienes han perdido la memoria, que se apresuran a lamerse las heridas, esas huellas vergonzosas de una barbarie que hay que borrar rápido. Ellas se estiran la piel, se aplican un poquito de maquillaje y con eso están curadas. Están las amputadas, las decapitadas sórdidas, las «irrecuperables», las imposibles de reciclar, las faltas de interés. A éstas las hemos acabado, enterrado en la fosa común o incinerado en el basurero ingente... Solidarios y con consentimiento, volveremos a embarazar a los cadáveres para perpetuar mejor nuestro patrimonio cultural. Tendremos a las momias y sus réplicas, que formarán hermosas tarjetas postales: un toque de exotismo en un paraíso turístico. Están las que tienen malformaciones congénitas, las cojas, las simples, las que no tienen pretensiones, las que no tuvieron los medios para confeccionarse el vestuario escénico tradicional para ocultar su piel rugosa, maltratada por la falta de cuidado... Es el lado oscuro del decorado, la interferencia que emana como telón de fondo, que da la nota falsa en la producción romántica y almibarada de una futura condición urbana que nos fue prometida.

Sigilosos, en los entresijos de todo este desmadre, están nuestros buenos arquitectos que se instalan, siempre al acecho, y que, por un miserable fajo de billetes, le montarán rápido un numerito ya visto, fusilado de alguna revista o de otra parte, una pálida réplica de una construcción mal comprendida. Se presentan a la convocatoria, a todos los planes, todas las grandes comisiones, a concursos bien organizados y otras comedias de serie «B». Estos hombrecillos de buen gusto que conocen bien los pasillos de los ministerios, los salones y los convencionalismos de facturas reducidas, o los que, no habiendo podido reciclarse en occidente, regresan a hacerla de Tintín en el Congo, nos marean con su sabiduría, con la historia de difundir sus conocimientos entre los bárbaros que somos nosotros. Hay decanos de buenos valores antiguos, guardianes de nuestros superinstitutos de formación; nos sueltan en cada comarca un ejército de especialistas en permisos de construcción. El relevo quedará garantizado por los subproductos que van a prestar juramento a la orden, después de haber pasado la prueba de buena conducta.

Esos innúmeros soldados ingenuos, condecorados por su lealtad y sus méritos, se atropellan, sueñan con un lugar de honor a bordo del magnífico bólide que arremete directo, aniquila los parásitos en su carrera, recupera a los pequeños oportunistas y sus ambiciones estériles, hace polvo a quienes se les pasó el barco. Esos viejos tecnócratas reciclados continúan condenando el terreno, cómplices sin saberlo de una enorme operación de esterilización, prendados de esa fabulosa máquina de una potencia fantástica, deslumbrados por su grandeza, sin siquiera darse cuenta de que arremeten sin tener derecho de acceso a los puestos de control. Encerrados en la sala de máquinas demasiado complejas para sus conocimientos limitados, obsoletos, ni siquiera habrán sido capaces de ser buenos mecánicos. Desde el inicio, habrán persistido en sus fan-

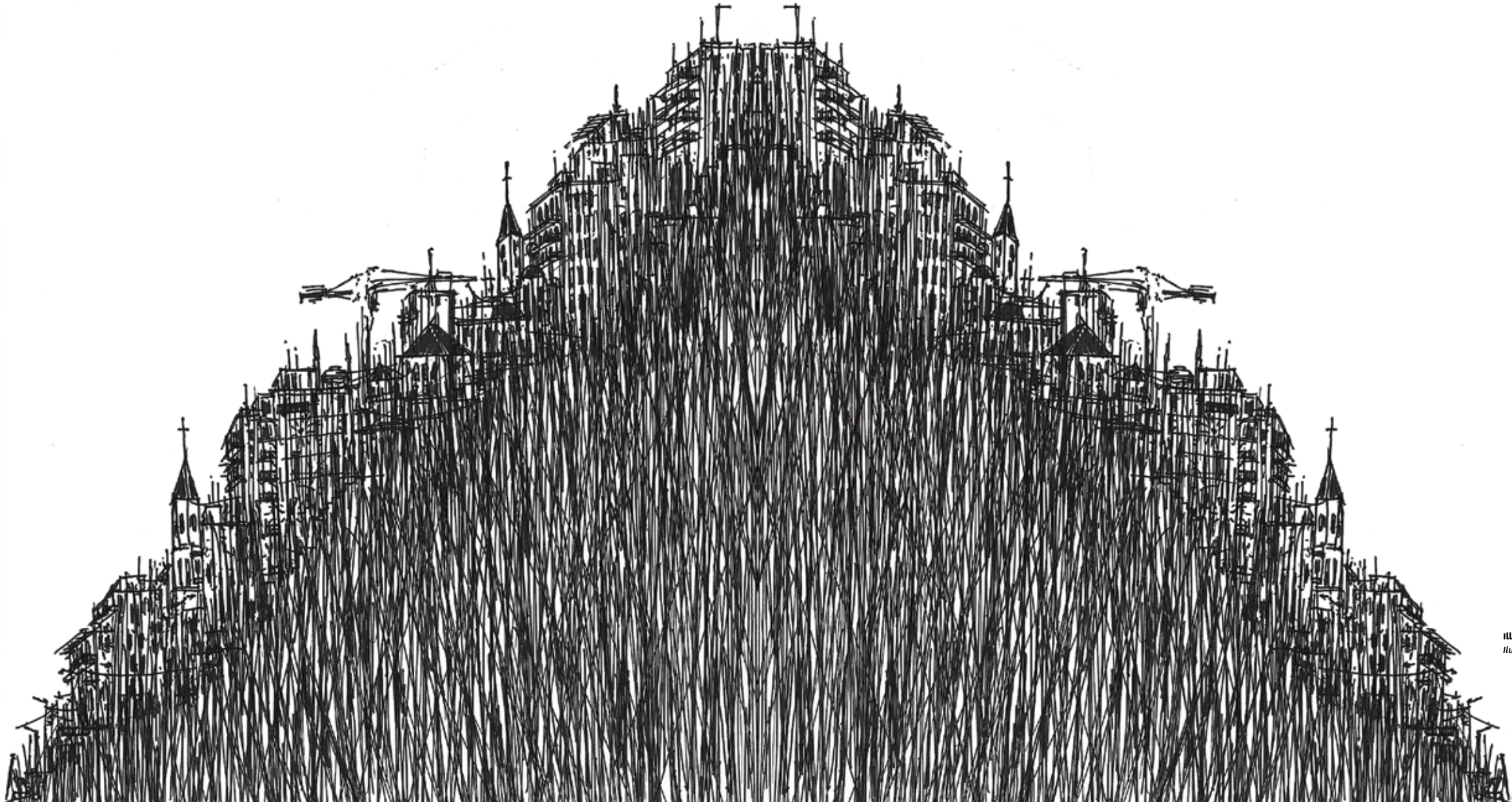


Illustration 1: Bernard Khoury
Ilustración 1: Bernard Khoury

prep schools; releasing every now and again an army of specialists in construction permits. Relief is provided by the by-products who will swear an oath to the order after showing proof of good conduct.

These innumerable naïve soldiers, decorated for their loyalty and merit, jostle each other, dream of a place of honor on board the magnificent machine barreling straight ahead, annihilating the parasites in its path, retrieving the little opportunists and their fruitless ambitions, and reducing to dust those who missed the boat. These old recycled technocrats continue to bring condemnation upon the land, unknowing accomplices of a huge sterilization operation, caught in this fabulous machine of great power, dazzled by its grandeur. They don't even realize that they jostle without ever being given control of the reins. Locked in the engine room too complex for their limited, obsolete knowledge, they will never even have been able to prove themselves as good mechanics. Right from the start, they will have persisted in their fantasies, their delusions of control; they will have disregarded their history lessons and the basic foundations of their practice, forgetting that the long-gone urbanism they intend to practice is, first and foremost, a committed political act that cannot acquire consistency in the utmost ideological silence of the so-called political scenario of which they are prisoners. Incapable of humility, they will not have even tried to find other alternatives, for fear of not being accepted by the current system, or most probably as a result of sheer ignorance. Mission accomplished: the technocratic machine will have, during its deployment, sentenced populations to the impossibility of leaving an imprint of their culture on their land. Our good old architects will not have even been able to witness the absurdities of the moment, nor will they have had the heroism of their parents who now turn in their graves; they will not have even had the humility of silence.

tasmas, sus ilusiones de control, habrán hecho caso omiso a sus lecciones de historia y a los fundamentos básicos de su práctica, habrán olvidado que el urbanismo ya pasado que pretenden practicar es, primero y ante todo, un acto político comprometido que no puede tener consistencia en el mutismo ideológico más total de la denominada escena política de la cual son prisioneros. Incapaces de modestia, ni siquiera habrán buscado otras alternativas, por temor a no ser recuperados por el sistema actual, o más probablemente por simple ignorancia. Misión cumplida, la máquina tecnócrata habrá condenado, durante su despliegue, a las poblaciones a la imposibilidad de dejar la huella de su cultura en su territorio. Nuestros buenos arquitectos no habrán sido siquiera capaces de atestiguar los absurdos del momento, ni siquiera habrán tenido el heroísmo de sus padres, que se revuelcan en sus tumbas, no habrán tenido siquiera la humildad del silencio.

mal fardées sorties des planches de ces géniaux créateurs qui les bradent bon marché, et pour mettre en confiance banquiers et gros bonnets, il y a les grosses prétentieuses lourdement fringuées d'artifices, dorures et faux bijoux. Il y a les sous-produits de dogmes mal digérées, celles qui ont fait bonne école et qui ne font pas dans le péché. Il y a les soumises, les timides, et les romantiques-bidon qui ne se lassent pas d'étaler encore et toujours les mêmes clichés à un client cocu ou trop souvent indifférent. Il y a celles qui ont perdu la mémoire, qui se pressent de panser leurs blessures, ces traces honteuses d'une barbarie qu'il faut vite effacer. Elles se tirent la peau, petit fond de teint et ça se refait une santé. Il y a les amputées, les décapitées sordides, les « irrécupérables », les impossibles à recycler, les sans intérêt. Celles-là, on les achevées, enterrées dans la fausse commune ou incinérées dans le vaste dépotoir... Solidaires et consentants, on remettra les cadavres en cloque pour mieux perpétuer notre patrimoine culturel. On aura les momies et leurs répliques, ça fera de belles cartes postales; un zeste d'exotisme sur un paradis touristique. Il y a les malformées congénitales, les boiteuses, les simples d'esprit, les sans prétention, celles qui n'ont pas eu les moyens de se confectionner l'habit de scène traditionnel pour cacher leur peau rugueuse, maltraitée en manque de soins... C'est l'envers du décor, les parasites qui émanent en fond de scène, qui font fausse-note dans la production

romantique mielleuse d'une future condition urbaine qui nous est promise.

Sagement dans les coulisses de tout ce bordel, il y a nos bons vieux architectes qui campent, toujours aux aguets, qui pour une misérable petite liasse de banque notes vous monteront vite fait un petit numéro déjà vu, pompé d'une quelconque revue ou d'autre part, une pale réplique d'un geste mal assimilé. Ils sont présents à l'appel, sur tous les plans, toutes les grandes commissions, aux concours bien menés et autres comédies série « B ». Ces petits hommes de bon goût qui connaissent bien les couloirs des ministères, les salons et mondanités de petites factures, ou ceux qui n'ayant pu se recycler en occident sont revenus jouer les Tintin au Congo, nous saouler de leur sagesse, histoire d'étaler leur savoir chez les barbares que nous sommes. Il y a les doyens des bonnes vieilles valeurs, les gardiens de nos super-instituts de formation; ils nous lâchent à chaque cru une armada de spécialistes en permis de construire. La relève sera assurée par les sous-produits qui vont prêter serment à l'ordre après avoir fait preuve de bonne conduite.

Ces innombrables soldats naïfs, décorés pour leur loyauté et leur mérite, se bousculent, rêvent d'une place d'honneur à bord du magnifique bolide qui fonce droit, anéantissant les parasites sur sa course, récupère les petits opportunistes et leurs ambitions stériles, réduit en poussières

ceux qui ont raté le coche. Ces vieux technocrates recyclés continuent à damner le terrain, complices sans le savoir d'une énorme opération de stérilisation, pris dans cette fabuleuse machine d'une puissance fantastique, éblouis par sa grandeur, ils ne se rendent même pas compte qu'ils foncent sans avoir droit d'accès aux postes de contrôle. Enfermés dans la salle des machines trop complexes pour leur savoir limité, dépassés, ils n'auront même pas été capables d'être de bons mécanos. Jusqu'au bout, ils auront persisté dans leur fantasmes, leurs illusions de contrôle, ils auront ignoré leurs leçons d'histoire et les fondements basiques de leur pratique, oublié que l'urbanisme révolu qu'ils prétendent pratiquer est d'abord et avant tout un acte politique engagé qui ne peut prendre consistance dans le mutisme idéologique le plus total de la soit disant scène politique dont ils sont prisonniers. Incapables de modestie, ils n'auront même pas cherché d'autres alternatives, par peur de ne pas être récupérés par le système actuel, ou plus probablement par simple ignorance. Mission accomplie, la machine technocrate aura durant son déploiement condamné des populations à l'impossibilité de marquer leur culture sur leur territoire. Nos bons vieux architectes n'auront même pas été capables de témoigner des absurdités du moment, ils n'auront même pas eu l'héroïsme de leurs pères qui se retournent dans leur tombes, ils n'auront même pas eu l'humilité du silence.